

Abstract

This article commemorates the bicentennial of the Battle of Ayacucho, a decisive event that consolidated South American independence. Although it has been extensively documented from the perspective of the patriots, this study focuses on the Spanish view, through the memoirs of Field Marshal Jerónimo Valdés, who was a key participant in the battle. Through his reports delivered to King Fernando VII, he justified his role and participation in events as important as the Aznapuquio Mutiny, the betrayal of Marshal Olañeta, in addition to the reasons that led to the defeat in Ayacucho, as a means of responding to the denunciations made by the deposed viceroy Pezuela against him and his other companions in arms. His memoirs, accompanied by extensive documentation, reveal the internal divisions within the royalist camp between liberals and absolutists that undermined the Spanish military capacity in America

Keywords: Battle of Ayacucho, Royalist Army, General Jerónimo Valdés, Viceroy Pezuela, Defeat of the Royalists.

Introducción

La invasión napoleónica a España en 1808 no solo alteró la vida en la península, sino que también impulsó un movimiento revolucionario en sus territorios americanos. Este contexto adverso en Europa fomentó en América un despertar político que aceleró el proceso de independencia, poniendo en marcha la separación de España. Las autoridades realistas intentaron preservar su dominio sobre las colonias americanas, enfrentando los levantamientos con una decidida oposición militar. Sin embargo, las fuerzas independentistas, encabezadas por figuras emblemáticas como José de San Martín y Simón Bolívar, fueron consolidando su posición, hasta lograr una victoria definitiva en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Este triunfo selló la independencia de gran parte de Sudamérica y marcó el fin de la resistencia militar española en la región.

En los últimos años de esta resistencia, un destacado militar español, el mariscal Jerónimo Valdés, jugó un papel crucial. Bajo las órdenes del virrey José de la Serna, Valdés fue uno de los oficiales que se destacó por su habilidad y experiencia, forjada en la guerra de independencia española contra Napoleón. Gracias a su destreza estratégica, Valdés logró obtener algunos de los últimos triunfos de las fuerzas españolas en América, prolongando la lucha hasta el enfrentamiento decisivo en Ayacucho.

Además de su actuación militar, Valdés dejó un testimonio único sobre aquellos años en sus memorias dirigidas al rey Fernando VII. En sus escritos explicó al rey Fernando VII, la serie de acontecimientos que terminaron por desembocar en el derrocamiento del Virrey Pezuela y los eventos posteriores hasta la batalla de Ayacucho. Estos documentos fueron escritos por él como un medio de limpiar su honra como militar y negar que la responsabilidad de la derrota era exclusiva de los oficiales liberales que participaron en el motín de Aznapuquio, sino que justifica aquellos actos y responsabiliza más a la inacción del virrey Joaquín de la Pezuela y en particular a la traición del mariscal Pedro Antonio de Olañeta, de que gran parte de la derrota en Ayacucho y la pérdida del Perú se debió a su rebelión que dividió a la fuerza realistas.

El sistema militar español en América entre 1820 - 1824.

Para entender la situación militar que vivió el mariscal Jerónimo Valdés durante la etapa final de la guerra de independencia, hay que conocer el contexto. Las consecuencias de la invasión napoleónica en España y su guerra de independencia (1808-1814) fueron las causantes del inicio de las revueltas que generaron los procesos de independencia en los territorios americanos. La crisis del virreinato del Perú comenzó mucho antes de la proclamación de independencia por José de San Martín en 1821. Su declive estaba relacionado con la invasión napoleónica de España en 1808, que llevó al secuestro de la familia real Borbón y a la imposición de José Bonaparte como rey, lo que desató una guerra de independencia que arrasó a toda España (1808-1814) y sembró rebeliones en sus colonias, comenzando en México, mejor conocido entonces como el virreinato de la Nueva España. En 1810, el cura Miguel Hidalgo encabezó el movimiento independentista en el virreinato de Nueva España, continuado por líderes como José María Morelos y Vicente Guerrero tras su muerte en 1811. Finalmente, el conflicto en México culminó en 1821 con el Plan de Iguala, que unificó a insurgentes y realistas bajo la independencia del país, instaurando el Imperio Mexicano con Agustín de Iturbide a la cabeza.

En el resto de los territorios americanos la situación fue distinta. Si bien las consecuencias de la invasión napoleónica a España afectaron la autoridad real y se comenzaron a crear Juntas de Gobierno en los virreinos de Nueva Granada y Río de la Plata, así como en las capitanías generales de Granada, Venezuela y Chile, asumiendo ellas la autoridad "en nombre de Fernando VII" éstas sólo fueron en realidad una mascarada para llevar a cabo los planes de las elites locales criollas para poder independizarse de la autoridad de la metrópoli. En el caso del Perú no sucedió lo mismo, al ser esta una de las sedes principales del poder español en la región, el entonces virrey Fernando de Abascal se encargó de suprimir a todas las Juntas de Gobierno que habían intentado fundarse dentro del virreinato peruano y deponer a las autoridades españolas (Bullón y Semprún, 1992, pp.96-97).

La supresión de las Juntas de Gobierno se llevó a cabo exitosamente en casi todos los virreinos sudamericanos, excepto en el del Río de la Plata. La sobreviviente Junta de Buenos Aires, que sería el origen de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde allí se iniciarían las primeras acciones militares que desembocarían en el final de poder español en el Perú. Mientras que, en los territorios al norte del virreinato peruano, Simón Bolívar desde mayo de 1813 iniciaría la "Campaña Admirable" e iría conquistando los territorios de lo que entonces eran el virreinato de Nueva Granada y la capitanía general de Venezuela

que comprendían los territorios de las actuales Colombia, Ecuador y Venezuela (Victoria, 2019, p. 220). Su triunfo sobre los realistas en las batallas de Boyacá el 7 de agosto de 1819 y de Pichincha el 24 de mayo de 1822 le dio camino libre para poder participar en la campaña del Perú.

Aunque el papel de las fuerzas argentinas comandadas por José de San Martín en el colapso final del poder español en América fue importante, pese a que al final terminaron siendo relevadas por las fuerzas colombianas al mando del libertador Simón Bolívar. Es durante este periodo de progresivo derrumbamiento del poder realista en América que el mariscal Jerónimo Valdés se ve enfrentado a combatir a las numerosas fuerzas patriotas que progresivamente van recuperando casi todos los territorios americanos, mientras las fuerzas realistas quedaban arrinconadas en pequeños enclaves como Puerto Cabello en Venezuela, Montevideo en el Uruguay y Chiloé en Chile. Estos enclaves que por ser ciudades portuarias podían ser abastecidos por el mar, pudieron resistir más tiempo, hasta que se vieron forzados a capitular en el caso de los dos primeros en 1823 mientras que el de Chiloé se mantuvo fiel a España hasta 1826.

Dada esta situación, el virreinato del Perú quedaba así prácticamente aislado con grandes dificultades para poder recibir refuerzos desde la metrópoli que pudieran reforzar a las guarniciones realistas en el Perú. Es en medio de esta situación que el mariscal Jerónimo Valdés puso todos sus esfuerzos para defender el último baluarte español en América, que estaba siendo asediado constantemente y que dadas las circunstancias terminaron por forzarlo a él y a otros jefes militares españoles a demandar la renuncia de su cargo al virrey Joaquín de la Pezuela, para entregarle el mando al general José de la Serna (Pezuela, 1821). A pesar de las difíciles circunstancias que enfrentaban los realistas en Perú, lograron sostener su posición durante tres años. Aunque perdieron el control del norte peruano y debieron abandonar Lima, trasladando la capital virreinal al Cuzco, las fuerzas realistas, bajo el mando de Valdés, se mantuvieron firmes. Valdés consiguió importantes victorias para las armas españolas y permaneció invicto en cada batalla en la que participó, hasta la derrota final en la batalla de Ayacucho.

El mariscal Jerónimo Valdés: perfil de un militar y adversario español

La figura del mariscal realista Jerónimo Valdés, poco explorada en la historiografía peruana, invita a destacar los rasgos que caracterizaron a este notable líder militar del ejército español, considerado un formidable adversario de las fuerzas patriotas. En las "Tradiciones Peruanas", Ricardo Palma lo describió como "el más valiente,

honrado y entendido de los generales realistas" (1893, p.328, Tomo I). Valdés fue una persona que no había tenido desde el principio de su vida la idea de seguir el camino de las armas, sino que se vio obligado por las circunstancias causadas por la invasión napoleónica a España, en decidirse a tomar la carrera militar.

Lo que se conoce de la vida del general Valdés se lo debemos a una biografía suya publicada en 1850 de la mano del historiador y español Manuel Ovílo y Otero (1826 - 1885) quien llegó a ser Oficial de la Biblioteca Nacional de Madrid. Según su biógrafo, Jerónimo Valdés nació el 4 de mayo de 1784 en la aldea de Villarín perteneciente a la parroquia de San Andrés de Veigas, Consejo de Somiedo en Asturias. Sus padres fueron Francisco Valdés y Antonia Sierra. Tuvo la fortuna de tener educación ya que a los 12 años ya había aprendido a leer y escribir, así como a contar dominando la gramática castellana. Luego se trasladó a Lugo en Galicia, estuvo bajo la protección del canónigo Dr. Don José Sierra, hermano de su madre, el cual era canónigo de la catedral y rector del Colegio - Seminario donde estudió por 5 años gramática latina y filosofía; pasando luego a la universidad de Oviedo para seguir los siguientes 7 años los estudios en Derecho Civil y Canónigo al no haber esas facultades en Lugo. Justo un año antes de terminar su carrera ocurrió el alzamiento de 1808 contra Napoleón. Ya había adquirido el grado de bachiller en ambas carreras.

Pero tras la invasión francesa de Napoleón su vida quedaría relacionada al mundo militar por el resto de sus días. Su primera participación fue al formar junto con los alumnos de la Universidad de Oviedo un regimiento de voluntarios, de las que obtuvo el mando de capitán del regimiento de Cangas de Tineo el 18 de junio de 1808 conferido por la Junta Soberana de Asturias debido a sus cualidades de mando. Desde ese momento su carrera como militar despegó. Por sus destacadas acciones en varios enfrentamientos contra los franceses pasó a las órdenes del general Francisco Ballesteros, uno de los más destacados militares durante la guerra de independencia. En su servicio bajo las órdenes de Ballesteros, siempre logró obtener aprovisionamiento para las tropas en todas sus campañas. Todo ello gracias a su voluntad personal y don de gentes. Para 1809 el capitán Valdés ya ocupaba el cargo de Ayudante de Campo del General. Nunca descuidó el bienestar de sus tropas tanto por su mantenimiento y seguridad como lo haría en Perú.

Durante las campañas del general Ballesteros en la Sierra Morena y Condado de Niebla entre marzo de 1810 a junio 1811 aprendió las técnicas de la guerra en las montañas que tantos conocimientos valiosos le dieron en las futuras campañas americanas. De esos conocimientos aprendió las tácticas de los movimientos

de tropas y el reconocimiento del terreno que le fueron tan útiles en su carrera militar. Valdés siguió distinguiéndose bajo las órdenes del general Ballesteros en la campaña del campo de Gibraltar derrotando a las fuerzas galas del mariscal Soult en donde sus intervenciones fueron decisivas para ganar en el campo de batalla. Como lo reconoció en sus escritos el propio Ballesteros: "A Valdés son debidos en gran parte, por haberme puesto con sus oportunos avisos y buen cálculo en estado de sacar todo el partido posible en nuestra situación" (Ovilio y Motero, 1850, p. 34).

Pese a su brillante carrera militar, en 1812 sería encausado junto al general Ballesteros y otros oficiales acusados por intrigas políticas en contra de su antiguo superior. Luego de un penoso proceso de 25 meses tras el retorno de Fernando VII al poder todos los cargos serían retirados tanto a él como sus compañeros de armas quienes serían reivindicados. Para 1815 Valdés se estaba preparando para marchar con sus tropas contra Napoleón tras su fuga de la isla de Elba y recuperar el poder en Francia, pero no fue necesario al llegar la noticia de su derrota en Waterloo. Decidido a seguir sirviendo a la causa del Rey se embarca en Cádiz con algunos contingentes de tropas para combatir a los independentistas en América junto al general José de la Serna como su segundo ayudante de Estado Mayor.

Llegó al Perú el 8 de setiembre, desembarcando en Arica (luego de cruzar el Cabo de Hornos), se incorpora de inmediato a sus labores encargándose de ayudar a instalar el Estado Mayor, práctica militar desconocida hasta entonces por las fuerzas realistas, lo que causa cierto recelo sobre él y La Serna de parte de algunos militares más veteranos. Valdés se encargó de la logística y que las tropas estén siempre bien apertrechadas para mantener su moral alta aprovechando su carisma personal sobre ellas. Destacó por su actuación en el Alto Perú, en donde ayudó a derrotar a las fuerzas disidentes enviadas por la Junta de Buenos Aires en Salta y Jujuy, luchando al lado del entonces brigadier Pedro Antonio de Olañeta, en donde recibiría el grado de coronel el 23 de enero de 1817. Desde 1818 a 1820 pasó a cumplir varias acciones militares en el Alto Perú estando incluso bajo el mando de Olañeta a quién más adelante se vería forzado a combatir.

La ausencia de una acción más agresiva y decisiva para enfrentar la llegada del Ejército Libertador de José de San Martín, recién desembarcado en Pisco, sumada al marcado derrotismo del virrey Pezuela, llevó a Valdés y a los demás generales del Estado Mayor del ejército realista a transferir el mando a La Serna. Desde ese momento, las fuerzas que comandó Valdés lograron contener y derrotar a las fuerzas patriotas, hasta su derrota final en Ayacucho.

Las razones de la separación de Pezuela y la traición de Olañeta

En sus escritos, Valdés deja claro desde el inicio que sus acciones, así como las de La Serna y otros generales realistas, no estuvieron motivadas por ambiciones personales. Señala que la decisión de exigir la renuncia del virrey Pezuela respondió a un deber superior y a su compromiso con la verdad, el honor propio y el de sus compañeros. Al comenzar su relato, Valdés introduce su crítica hacia Pezuela de manera cuidadosa, enfatizando que su objetivo es esclarecer las razones de la pérdida de los territorios de Chile y Perú, y defender la integridad de quienes actuaron de acuerdo con su conciencia y deber:

Siento, Señor, al hablar del General Pezuela, tener que recordar cosas pasada que quisiera no tocar, (...) pero el amor que profeso a la verdad, que será la que dirigirá mi pluma en todo, el deseo de que V.M. se ponga al tanto de las causas que motivaron la pérdida de los hermosos Reinos de Chile y Perú por consiguiente; de la América toda, y por último, la defensa de mi propio honor y el de los otros muchos jefes, dignos asimismo del aprecio de V.M. me obligan á entrar en este penoso empeño, protestando á V.M. del modo más solemne, que no me guía el odio, mala voluntad, ni ningún otro interés personal en nada de cuanto diga (Conde de Torata, 1894, p. 20, Tomo I).

Valdés fue requerido por el virrey Pezuela para retornar a Lima y colaborar en la defensa contra las tropas de San Martín, que ya habían desembarcado en Pisco. Sin embargo, surgieron serias desavenencias entre Valdés y el virrey, debido a ciertas decisiones militares que resultaron desfavorables, como la fracasada expedición a Chile, que culminó con la derrota en Maipú. En sus escritos dirigidos al rey Fernando VII, Valdés denunció una serie de errores cometidos por el virrey, los cuales, en su opinión, terminaron favoreciendo las estrategias de San Martín:

El 28 de abril del año 20 [1820] ordena a los Generales Ramírez y Ricafort, licencien la parte de sus tropas que no puedan mantener, y avisa que él mismo en los dos meses anteriores había licenciado 2.600 hombres, incluso el batallón Arequipa. De ese modo el General Pezuela, cuando supo de la expedición de San Martín al Perú, obró como pudiera obrar el mismo San Martín; es decir, disminuyó sus tropas y ordenó á los Generales Ramírez y Ricafort que hicieran otro tanto con las suyas, lo que por fortuna no obedecieron. (Conde de Torata, 1894, p. 32, Tomo I).

A causa de esta serie de fallos es que San Martín llega a Pisco, había desembarcado con tan solo 4500 hombres y que, a causa de la leva de voluntarios,

entre los esclavos de las haciendas (a quienes promete la libertad) y las desertiones dentro de las tropas realistas, como fue el famoso caso de batallón Numancia, le permitieron hacer crecer sus fuerzas hasta los 7000 efectivos (Conde de Torata, 1894, p. 33, Tomo I). Debido a lo adversas que se habían vuelto las circunstancias el virrey ya no se planteaba enfrentarse a San Martín sino negociar una capitulación:

El general Pezuela había significado días antes de un modo terminante y claro, serle imposible defender por más tiempo el Perú, y por lo tanto la necesidad de capitular; a cuyo efecto tenía sembrados agentes por la ciudad, para que persuadiesen a las Corporaciones y demás que lo pidiesen así" (Conde de Torata, 1894, p.55, Tomo I).

Cuestión que había planteado frente a la Junta de Generales. Los generales realistas contrarios a la postura del virrey decidieron prolongar la resistencia y fue por ello que Valdés es uno de los que más apoyó y promovió la dimisión de su cargo como virrey a Pezuela, en el incidente conocido como el Motín de Aznapuquio aquel 29 de enero de 1821.

Para cuando se dieron esos hechos los realistas entre los muertos de los primeros enfrentamientos, enfermos y desertores, pasó de los 13,000 hombres que tenían anteriormente, a tan sólo cerca de 8,000 efectivos una vez que La Serna asumió el mando (Conde de Torata, 1894, Tomo I). De hecho, la noticia de que la Junta de Generales depusiera a Pezuela y designara a La Serna como nuevo virrey fue recibida con entusiasmo por las corporaciones y el resto de la población de Lima. Una vez hecho esto y ante la negativa de San Martín de llegar a un acuerdo con las nuevas autoridades virreinales que demandaban el reconocimiento y acatamiento de la Constitución de 1812, reestablecida por el gobierno liberal tras la revuelta del general Del Riego en Madrid, los patriotas por el contrario exigían el reconocimiento de la independencia de los territorios del virreinato del Perú. Ante el fracaso de las negociaciones se volvieron a reabrir las hostilidades.

Aunque La Serna y sus seguidores, incluido Valdés, se vieron obligados a abandonar Lima y trasladarse al sur para convertir al Cusco la última capital del virreinato del Perú, Valdés no se quedaría inactivo. Consiguió obtener significativas victorias sobre las fuerzas patriotas, como fue la batalla de Torata el 19 de enero de 1823 y la de Moquegua el 21 de enero de ese mismo año, en donde prácticamente aniquila a las tropas del general argentino Rudecindo Alvarado. Fue por estas acciones que obtiene en el Perú su ascenso de Comandante General al de Mariscal de Campo de los Ejércitos del Sur (Ovilio y Motero, pp. 101-103).

Desde la perspectiva del general Valdés, los éxitos iniciales de las fuerzas españolas auguraban la posibilidad de una expulsión definitiva de las fuerzas insurgentes, lideradas ahora por Simón Bolívar tras su llegada al Perú en setiembre. Sin embargo, estos planes se verían frustrados. En el Alto Perú, el mariscal Olañeta desconoció la autoridad del virrey La Serna, justificándose en su adhesión al absolutismo tras recibir noticias de la caída del gobierno liberal y la restauración absolutista de Fernando VII. Olañeta abolió la Constitución de Cádiz en los territorios bajo su control, desobedeciendo a La Serna y acusándolo a él y a su Estado Mayor de representar un partido constitucionalista. Con estas justificaciones, Olañeta quien tenía bajo su mando el control de las provincias de La Paz, Cochabamba y Oruro intentó luego "anexar otros territorios del virreinato del Perú, que eran las provincias de Potosí, Charcas y Santa Cruz" (Conde de Torata, 1894, pp.62-63, Tomo I).

De todas las provincias sublevadas, la más importante era la de Potosí, por sus ricas minas de plata y la Casa de la Moneda. Olañeta depuso a las autoridades leales a La Serna e impuso a sus propios partidarios locales, lo que representaba un serio problema, ya que estas provincias eran las más valiosas que aún conservaba el virrey La Serna y contribuían con sus recursos al sostenimiento de sus ejércitos. Ante esta situación, La Serna se vio obligado a enviar a Valdés al mando de un ejército de 3,000 hombres, para sofocar la sublevación de Olañeta, quien, además, contaba con el respaldo de su propio sobrino, Casimiro Olañeta. Casimiro, en contacto con los patriotas, promovía la división entre los realistas e incluso había facilitado la comunicación con su tío. (Conde de Torata, 1894, Tomo I).

Valdés logra reunirse con Olañeta e intenta negociar para poner fin a la revuelta de este último contra La Serna, apelando a su antigua amistad y recordando que habían luchado juntos contra los insurgentes años atrás. Señala que la situación era contraproducente, pues, en teoría, todos defendían la causa del Rey. Para demostrar que no era un liberal radical sino un fiel súbdito, Valdés proclamó la abolición de la Constitución de Cádiz en los territorios bajo su control, con el fin de reconciliar a Olañeta con el virrey. La Serna hizo lo mismo en las zonas bajo control realista, al igual que sus subalternos Canterac y Rodil en Lima (temporalmente en manos realistas), en espera de la confirmación oficial desde la metrópoli. Sin embargo, Olañeta se mantuvo en rebeldía contra La Serna.

Con la intención de evitar un derramamiento de sangre entre los partidarios del Rey, se firmó el Tratado de Tarapayá, una tregua temporal en la que Olañeta se comprometía a no avanzar sobre los territorios bajo control de La Serna ni atacar

a sus tropas mientras se esperaba el reconocimiento oficial del cargo de La Serna por parte del Rey. A pesar de este acuerdo, Olañeta no cumplió su parte y acabó declarando la guerra a Valdés. En el enfrentamiento, Valdés, aunque en los primeros enfrentamientos no le fueron favorables, terminó por imponerse derrotando y capturando al comandante José María Valdez conocido como el Barbarucho (fallecería a causa de sus heridas), líder de las fuerzas de Olañeta lo que lo obligó a replegarse (Ovilio y Motero, pp.129-132), pero en la retirada las tropas de Olañeta saquearon propiedades, incluidas iglesias, a pesar de su autoproclamada defensa de la alianza entre el trono y el altar.

A pesar de los éxitos obtenidos al recuperar territorios previamente controlados por el ejército patriota, tras la derrota en la batalla de Junín, Valdés se vio obligado a suspender su campaña contra Olañeta. Esto lo llevó a regresar al Cusco, donde se unió a las tropas del virrey La Serna para hacer frente a las fuerzas de Bolívar, que avanzaban decididamente hacia ellos.

No hay duda alguna que, para Valdés, el principal responsable de la derrota y la pérdida del Perú para España fue Olañeta. En la segunda parte de su obra dirigida al Rey, Valdés presenta una denuncia abierta contra él, llegando a solicitar incluso que "se declare odiosa la memoria del General Olañeta como causante de la pérdida del Perú en circunstancias tan favorables" (Conde de Torata, 1894, p. 104, Tomo I).

Valdés y su explicación acerca de la batalla de Ayacucho

El 9 de diciembre de 1824, en las pampas de la Quinua, el mariscal de campo Jerónimo Valdés formaba en el flanco derecho, comandaba la división de vanguardia conformada por los batallones Centro, Cantabria, Castro y 1º del Imperial, apoyada por dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y por cuatro piezas de montaña (Pereyra, 1975). Según el plan de batalla, que constaba de dos fases, la misión de Valdés en la primera fase era tomar el control de la casa de campo ubicada en su flanco, ocupada por fuerzas patriotas, mientras el resto de las tropas realistas eliminaban a las unidades de caballería patriota que los hostigaban. Antes de que pudiera iniciar la fase 2, Valdés debía cruzar con sus tropas la zanja que dividía ambos ejércitos en el campo de batalla y reunirse con el resto de las fuerzas realistas, para, una vez desplegadas, lanzar un ataque frontal aprovechando su superioridad numérica en tropas y cañones, ya que los patriotas solo contaban con una pieza de artillería, y así derrotar a las fuerzas de Sucre. La situación cambió drásticamente y comenzó la fatalidad para ellos. Las fuerzas patriotas se niegan a dejarle la iniciativa de la batalla a los realistas y actuaron de inmediato.

Las tropas del general José de La Mar lanzaron una carga contra las fuerzas de Valdés para recuperar la casa de campo. El flanco derecho realista resistió con fuego de fusilería y artillería, pero un error en el flanco izquierdo resultaría fatal: las tropas al mando del general Villalobos, creyendo que se había dado la orden para iniciar la fase 2, avanzaron prematuramente. El batallón del Cuzco, liderado por el coronel español Rubín de Celis (quien falleció en batalla), se adelantó al ataque y se encontró de frente con la división patriota de Córdova, que le infligió graves bajas con un potente fuego de fusilería. Villalobos intentó enviar refuerzos, pero estos también fueron abrumados por el fuego patriota y se vieron obligados a retroceder. A partir de este momento, la batalla comenzó a inclinarse en favor de los patriotas.

Las acciones de Valdés fueron de las más destacadas y heroicas por parte de las tropas españolas. Mientras el resto de las fuerzas realistas sucumbía y el propio virrey La Serna era capturado en el campo de batalla, el flanco derecho al mando de Valdés se mantuvo firme, y estuvo a punto de romper las líneas patriotas al mando del general La Mar, logrando hacerlas retroceder más allá de la zanja. Sin embargo, fueron finalmente rechazados tras sufrir la embestida de los "Húsares de Junín". Con el colapso del ejército realista ya inevitable, Valdés, consciente de que la batalla estaba perdida, decidió enfrentar su destino sentándose sobre una piedra, esperando ser ultimado por algún soldado patriota. Sin embargo, sus oficiales subalternos lo rescataron y lo sacaron del campo de batalla (Camba, p. 238, Tomo II). El propio Valdés confirma este trágico momento en su reporte al Rey:

Cuando quedé sin soldados y después de haber procurado buscar la muerte, que habría sido inevitable, si mis Ayudantes no me hubieran sacado de entre mis enemigos, me replegué con ellos y algunos oficiales en la dirección que vi marchar a algunos pelotones (Conde de Torata, 1894, p. 99, Tomo I).

El desastre fue terrible para las fuerzas realistas. Según las memorias del general Miller y por los partes del general Sucre, los realistas sufrieron alrededor de 1400 muertos, entre ellos 6 jefes y un alto número de oficiales, además de 700 heridos, incluyendo a 2 generales y 3 jefes. "Aparte de ello, se perdieron las 11 piezas de artillería y 2500 fusiles junto a los demás pertrechos capturados por los patriotas" (Miller, 1910 [1829], p.177, Tomo II).

Al finalizar la batalla, los realistas apenas lograron reorganizar una fuerza de entre 200 y 300 jinetes, mientras que toda su infantería se había perdido entre los prisioneros y aquellos que se desbandaron (Torrente, 1846, p. 500, tomo III),

quedando únicamente los generales y un considerable número de oficiales. Sin posibilidad de reconstruir su ejército y desconfiando de una posible acogida en las fuerzas del mariscal Olañeta —quien se había sublevado contra ellos acusándolos de liberales, anticlericales y masones— el general Canterac, en nombre del resto de los oficiales realistas, aceptó la propuesta de capitulación ofrecida por un ayudante del general La Mar. Después de discutir y aprobar los términos del acuerdo entre Sucre y Canterac, este fue finalmente firmado, sellando así la capitulación.

Según narra el general Miller en sus memorias, entre las fuerzas realistas que cayeron en manos de los patriotas y terminaron como prisioneros de guerra se encontraban los generales “La Serna, Canterac, Valdés, Carratalá, Monet, Villalobos, Ferrás, Bedoya, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, García-Gamba, Pardo, Vigil y Tur; además de 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 oficiales, y 3200 soldados, cabos y sargentos (Miller, 1910, p. 179, tomo II). El resto había huido.

Para Valdés, las causas que provocaron la derrota en Ayacucho no radicaron en un mal planteamiento, no se debieron a un error de estrategia, él explica lo siguiente:

El plan de ataque puedo asegurar que fue bien concebido y bien explicado, sin que advierta en su ejecución otra falta, que la de haberse adelantado más de lo que se le previno el Comandante del primer regimiento que llevaba el ala izquierda. La batalla de Ayacucho no fue perdida por la traición ni la ignorancia; la perdió la falta de valor en la tropa, su cobardía; esto es cierto, Señor; pero también lo es que los generales, Jefes y Oficiales llenaron su deber. (Conde de Torata, 1894, pp. 96-97, Tomo I).

Respuesta de Valdés ante las consecuencias de Ayacucho

Tras la derrota en Ayacucho y gracias a las favorables concesiones obtenidas en la capitulación, los oficiales realistas peninsulares recibieron la opción de regresar a España, con los costos del pasaje cubiertos por el Estado del Perú, financiados al menos con la mitad de la paga mensual correspondiente a su empleo. Así, partieron en varios barcos (Hernestine, francés; Asia, Aquiles, Constante, Pezuela, Lea, etc.); Surtos en Quilca, puerto arequipeño, que era el lugar más próximo al teatro de operaciones de Ayacucho (CPHER, 1982).

Valdés decidió acompañar al general La Serna junto con otros jefes y oficiales realistas para embarcar en el puerto de Quilca el 30 de diciembre de 1824 rumbo

a España. El problema para Valdés era que se encontraba sin dinero para pagar su pasaje de retorno. Estaba sin un solo peso en el bolsillo ya que los últimos 9 pesos que tenía se los había entregado en el puerto a un negro diciéndole "...toma el único dinero que tengo para que no digan los peruanos que vine a robarlos" (Ovilio y Motero, 1850, pp.153-154). Afortunadamente un amigo suyo le pudo costear un pasaje en una fragata francesa Ernestina que iba a Burdeos donde también embarcaron La Serna, Maroto, Villalobos entre otros militares y paisanos españoles el 1° de enero de 1825 haciendo escala en Río de Janeiro hasta llegar a Francia. Valdés regresó a España en agosto de ese año y se mantuvo dentro del ejército español, pero no sin sufrir las consecuencias de la derrota en Perú.

Antes de su retorno, el virrey depuesto, Joaquín de la Pezuela, se había encargado de difundir en Madrid un escrito titulado MANIFIESTO en el que culpaba tanto a La Serna como a Valdés de su forzada renuncia en 1821. Pezuela alegaba que sus esfuerzos habían mantenido al virreinato frente a los insurgentes hasta que las reformas impulsadas por La Serna —como la creación de un Estado Mayor y la disolución de unidades veteranas— provocaron divisiones internas y la caída del virreinato (Pezuela, 1821). Este manifiesto contribuyó a la campaña de desprestigio contra ambos oficiales. La difamación se extendió con el respaldo de los seguidores de Olañeta, quienes también acusaron a La Serna y a Valdés de simpatizar con el liberalismo y defensores de la Constitución de Cádiz, de tendencias anticlericales y de pertenecer a la masonería, algo prohibido por el rey Fernando VII. Este contexto complicado marcó la carrera de Valdés en España, donde debió enfrentar constantes ataques a su imagen debido a su asociación con la derrota en Ayacucho.

Fue tal la campaña de desprestigio que cayó sobre Valdés y sus compañeros de armas que cuando años después lograron cargos importantes en la administración del reino durante los gobiernos del reinado de Isabel II estos pasaron a ser calificados como los "Ayacuchos" de manera despectiva (Conde de Torata, 1894, Tomo I). Incluso los oficiales realistas que, aunque sirvieron en las campañas del Perú, pero no habían participado en aquella batalla, como fue el caso del general Baldomero Espartero, quien sería uno de los primeros ministros más destacados durante el reinado de Isabel II, llegando a ocupar varias veces el cargo de primer ministro, designó en cargos de confianza a varios de los compañeros de armas que sirvieron en el Perú junto a él y sí habían participado en esa batalla.

Como consecuencia de esta campaña de desprestigio se le negó a Valdés poder ir a la Corte en Madrid y quedó con destino en 1827 en el cuartel de

Vitoria. Lo mismo sucedió con otros compañeros de armas suyos. En repuesta a tan injusto trato, escribió un informe titulado Documentos para la Historia Separatista del Perú remitidos al Rey en julio de 1827 detallando acerca de su actuación militar en el Perú dividiéndolo en tres partes: la separación del general Pezuela; la traición de Olañeta y la batalla de Ayacucho. Fueron 5 tomos (El tomo III dividido en 2 volúmenes) de los cuales 3 de ellos fueron compilaciones de cartas y documentaciones correspondientes a las acciones llevadas a cabo en contra del Ejército Libertador y demostrar la traición de Olañeta al entrar en tratos con los subordinados de Bolívar. El Tomo III es incluso una refutación en contra de la publicación de un diario de un supuesto capitán José de Sepúlveda donde habla de su participación en las campañas del Perú como oficial dentro del ejército realista bajo las órdenes de La Serna. En sus escritos lanzó una serie de acusaciones tanto contra el virrey como contra Valdés. En todas estas obras iba una extensa compilación de anexos en donde refutaban todas las acusaciones hechas contra Valdés de parte de los pezuelistas y olañetistas que habían difundido en los diarios de Madrid todos esos años (Conde de Torata, 1894, pp.6-8, tomo III).

Pero a diferencia del manifiesto de Pezuela, la obra de Valdés por ser un informe reservado al monarca no se difundieron copias entre la población y porque una serie de sucesos políticos ocurrieron sólo unos años después con la muerte de Fernando VII en 1830 y el posterior estallido de la primera guerra carlista (1833-1840). A pesar de ello, el informe habría ayudado a Valdés a reivindicarse con la Corte de Madrid, ya que sería llamado a ejercer diversos cargos de confianza demostrando su valía como militar en el bando liberal durante la primera guerra carlista, llegando más adelante a ocupar el cargo de Capitán General en la Isla de Cuba, sirviendo a la corona hasta 1849 poco años antes de su fallecimiento en 1855. El conocimiento de esta documentación recién se hizo pública hasta muchos años después, cuando su hijo el Conde de Torata se encargaría desde 1894 hasta 1898 en publicar los 5 tomos (el tomo III se editó con uno extra con anexos y réplicas) como medio de refutación a las aseveraciones que tuvieron sobre Valdés de parte de historiadores como el español Vicente de la Fuente y el chileno Gonzalo Bulnes (Valdés, pp. 11-15, tomo I).

Conclusiones

La derrota realista en Ayacucho, además de significar el final del dominio español en el Perú, dejó una profunda huella en los oficiales españoles de alto rango que participaron en esta batalla, e impactó incluso a quienes no participaron, como el propio Espartero, quien había viajado a Madrid para explicar las razones que llevaron a los generales españoles a deponer al virrey Pezuela y darle el mando a La Serna.

El general Jerónimo Valdés, pese a su destacada trayectoria en el ejército español desde la guerra de independencia contra los franceses, se vio obligado a presentar un informe al rey Fernando VII para defenderse de los ataques y difamaciones en su contra, derivados de la denuncia de Pezuela, quien lo señalaba como uno de los responsables de su destitución y de la pérdida del Virreinato del Perú.

Valdés consideraba que el principal responsable de la pérdida del virreinato del Perú fue el mariscal Pedro Antonio de Olañeta, un destacado absolutista, cuya rebelión contra la autoridad del virrey La Serna provocó la división entre las fuerzas realistas. A pesar de la adversidades y desventajas, los realistas habían logrado contener y vencer en varias ocasiones a las tropas de San Martín y Bolívar. No obstante, Valdés se vio obligado a enfrentar a Olañeta, quien justificó su sublevación alegando que tanto el virrey como su Estado Mayor eran liberales y partidarios de la abolida Constitución de Cádiz.

Referencias:

- Bullón, A. y Semprún J. (1992). *El Ejército Realista en la Independencia Americana*. Editorial MAPFRE.
- Búlness, G. (1897). *Últimas Campañas de la Independencia del Perú (1822 - 1826)*. Barcelona, España.
- Camba, A. (1846). *Memorias para la Historia de las Armas Españolas en el Perú, por el General CAMBA: T. II*. Establecimiento Tipográfico de D. Benito Hortelano. España.
- Conde de Torata. (1894). *Documentos para la historia de la Guerra Separatista del Perú: Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de Campo Don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú (Tomos I)*. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos. España.
- _____ (1894). *Documentos para la historia de la Guerra Separatista del Perú: Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de Campo Don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú (Tomos III)*. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos. España.
- De la Pezuela, J. (1821). *Manifiesto en que el virrey del Perú don Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando*. Imprenta de D. Leonardo Núñez de Vargas.
- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. (1982). *Historia General del Ejército del Perú. Tomo IV: El Ejército en la Independencia del Perú. Volumen 2: El Ejército: Protagonista principal en la Independencia del Perú*. Lima, Perú
- Miller, W. (1910) [1829]. *Memorias del general Guillermo Miller al servicio de la República del Perú: T. II* (G. Torrijos, Trad.). Librería General de Victoriano Suarez.
- Ovilo y Otero, M. (1850). *Biografía del Excmo. SR. D. Gerónimo Valdés, conde de Villarín, teniente general de los ejércitos nacionales*. Imprenta D.B. González.
- Palma, R. (1893). *Tradiciones Peruanas: T. I*. Montaner y Simón, Editores. Lima, Perú
- Pereyra, H. (1975). *La campaña libertadora de Junín y Ayacucho*. Publicaciones de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima, Perú
- Torrente, M. (1829). *Historia de la Revolución Hispano - Americana: T. III*. Imprenta Don León Amarita.
- Victoria, P. (2019). *El terror bolivariano*. Titivillus.

Anyel Adelayda Huamán Manrique

- Licenciada en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).
- Maestría en Historia en la misma casa de estudios.
- Actualmente, se desempeña en la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú (CPHEP).
- Ha publicado artículos sobre la participación de la mujer en la historia del proceso de la independencia. Su investigación actual se centra en el ingreso de la mujer al Ejército Peruano.

Aleks Fernando Narváez Espinoza

- Bachiller en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM)
- Magíster en Historia Contemporánea por la Universidad CEU San Pablo de Madrid.
- Está especializado en estudios del siglo XX, particularmente en los totalitarismos y la Guerra Civil Española, así como en los estudios sobre la Hispanidad de los siglos XVI al XIX.